

MASSIEL

es que representa la cumbre del racionalismo literario, traducido en la máxima economía del lenguaje al servicio de consignas para enseñar a querer y a vivir a sus compañeros de viaje. Bertoldo Brecht hablaba a los hombres con nula gravedad. Buen boxeador, excelente ciclista, guardaba contra sí mismo las más serias dudas y jamás fue un moralista repugnante.

Como era de prever, el Brecht de Olmo-Fernán-Gómez-Massiel concluyó con el poema «A los hombres futuros», el testamento moral de la generación formada en el stalinismo, los que quisieron ser amables y no pudieron serlo. Brecht fue más consciente y educado que sus compañeros de generación, y pidió indulgencia por sus errores, disculpas por sus faltas de amabilidad. El público del Paláu comprendió la cuestión, porque aplaudió a rabiar, aunque persistían algunos silbidos antimassielistas, más costosos de sostener porque la fuerza pública se había distribuido por «el paraíso». De pronto alguien tuvo la apocalíptica idea de entregar a Massiel un ramo de flores metido en un tiesto. Massiel, que ve las flores. Que se lo piensa. Que se adelanta grave y brechtiana hacia el borde del escenario, que alarga los brazos armados de tiesto y flores y que suelta un tiestazo floreado sobre el pasillo central. La superviviente del massielazo fue Guillermina Motta, situada a un palmo de donde cayeran el tiesto y las flores, muchacha hipersensible que es difícil se recupere de la impresión. Pero ya Massiel retrocedía con la vista fija en «el paraíso» y una malicia de travesura en los ojos de maquillaje grave.

—Oye, que no era un desacato contra el público de Barcelona, ni nada de eso. Yo que veo que me meten las flores y pienso: las vas a dejar en el suelo, como si no las aceptases, porque hay división de opiniones. Y me acerqué al borde del escenario para dejar el tiesto y las flores. Pero, chico, estoy por dejarlas y oigo un silbido más largo y sostenido que los otros y entonces, zas, dejo caer el tiesto. Les debe haber sentado fatal.

—Yo creo que a los que te silbaban les sentó muy bien. De todo lo que hiciste aquella noche fue lo que más les gustó. En cambio, gentes respetables que hasta entonces habían aplaudido con civilizado entusiasmo opinaron que habías cometido una grosería.

El señor Santamaría me había dicho, mientras esperaba su cafetito, cargadito y cortito, que, en cambio, la segunda sesión fue un éxito total, que apenas hubo discrepancia. En el momento en que sostuve la entrevista con Massiel, ni ella, ni su padre, ni yo sabíamos que minutos antes de empezar la segunda sesión, policías de paisano pedían el documento nacional de identidad en «el paraíso», en un extraño celo protector de Brecht, que no se ha manifestado para proteger a espectáculos reventados por

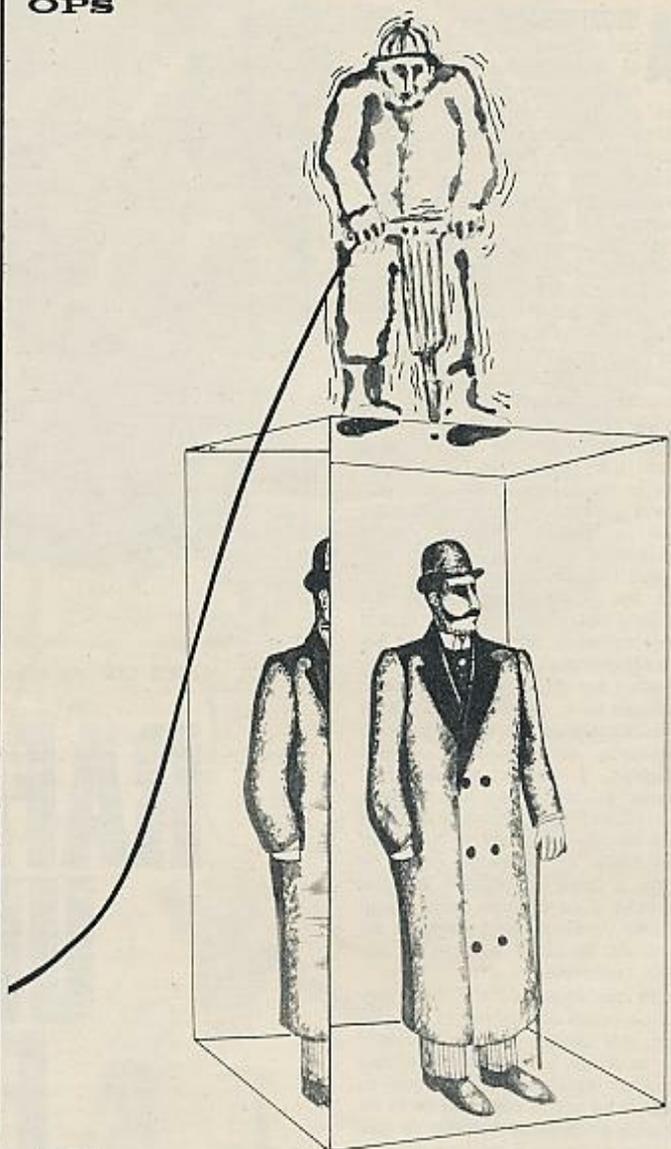
guerrilleros de Cristo Rey. Pero tal vez sea un síntoma de «aggiornamento» la protección de una perfecta audición de la «Loa de la duda», breviario de humildad para cualquier dirigente marxista. Tal vez se busque un contraste de pareceres basado en la humildad de los dirigentes marxistas del país aleccionados por el Brecht de Olmo-Fernán-Gómez y Massiel. ¡Es tan imprevisible esta olla!

—Ahora cantaré canciones de Patxi Andión y estoy convenciendo a Aute para que vuelva a escribir canciones. Me gustaría hacer un «long-play» de canciones que estuvieran bien. De «La, la, la», nada. He tenido grandes éxitos en Cuba, en Rumania estuve la semana pasada. La gente, una maravilla. Ya es mucho cuento que me salgan todavía con el «La, la, la» por aquí. Serrat me gusta mucho. Me llevo el disco de la Bonet para escucharlo. Me encantaría hacer teatro. Si, es verdad, hay poemas muy bonitos de Brecht que la gente no aplaude. No. No. No estoy de acuerdo con eso que dices de que debiera de haber salido con ligas floreadas y vestida de otra manera. Salvat vino a vernos después de la representación y dijo que le gustaba el respeto por Brecht que se deducía de nuestra versión.

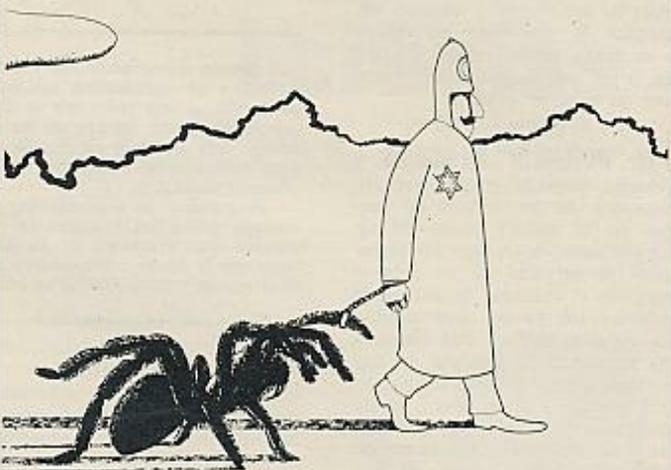
La última vez que vi a Massiel por televisión cantó una ranchera, una versión de «Yesterday» que parecía interpretada por Marcos Redondo y una bonita canción-poema de Patxi Andión que le salió muy bien. Pero ya el solomillo terminado, sin tiempo para degustar el café que ha perdido con torpeza periférica, el señor Santamaría nos recuerda que los aviones no esperan, que disculpemos, pero que Massiel tiene que actuar esta noche en Madrid. El señor Díaz Merat, director del montaje y miembro del séquito, tiene la virtud de comportarse como si en cien kilómetros a la redonda sólo existiera Massiel. Le cambia la voz cuando habla a Massiel. Le aconseja que hable poco y no concede ni el desdén del reojo a los circundantes. En cambio, el señor Santamaría (Me cobra un veinte por ciento, confesó Massiel en plena ensalada de endibias) se esfuerza, y lo consigue, por justificar la «espantá». Otro colega está en la cola y exprimirá a Massiel entre el hotel y el aeropuerto. Massiel se lo pone con una naturalidad de muchacha fuerte, lista, aunque confusa, que tuvo la desgracia de convertirse en fenómeno público cuando no tenía edad y con el «La, la, la». Pero a mi sigue gustándome la Massiel que tira la piedra y deja la flor, que lamenta el odio sembrado entre su pueblo, que canta el «Surabaya, Johnny», que soporta tres minutos de broma a cierto nivel muy merecida y que se venga juvenicolamente con un tiestazo floreado.

Si aceptamos el derecho al pateo, aceptemos el derecho del artista a enviar al público a tomar viento. ■ M. V. M. Fotos: COLITA.

OPS



OPS



OPS